

## ESPACIOS DE SORORIDAD

### CRISTINA PERI ROSSI: ECOS, INFLUENCIAS, CONEXIONES

LAURA FUMAGALLI

En la década de los noventa, yo trabajaba en la Facultad de Humanidades, formando parte del Departamento de Literaturas Uruguaya y Latinoamericana, que en aquellos momentos dirigía la Prof. Sylvia Lago. En ese contexto fue que escribí una ponencia sobre la obra de Peri Rossi para unas Jornadas que tuvieron lugar en Brasil, en la Universidad Federal de Belo Horizonte. Esto fue en 1998, hace ya veintiún años. La convocatoria era muy abierta, y yo decidí asistir con una ponencia sobre el discurso amoroso en la obra de Cristina. Era una lectura hecha desde una perspectiva de género y se llamaba «Cristina Peri Rossi: Otra construcción del amor».

En aquella ponencia, yo intentaba (y quiero poner el énfasis en el término *intentaba*) analizar el discurso erótico empleado por la autora, particularmente en la novela *Solitario de amor* (1988), aunque tomaba en cuenta, en general, otros textos y también poesía. Quería entender cómo se insertaba esa voz, siempre tan singular, en la tradición literaria. ¿Qué recursos empleaba, en qué medida se distanciaba o no del relato patriarcal, qué límites transgredía, hasta dónde lograba sabotear el discurso hegemónico, qué códigos erosionaba y qué códigos reforzaba, a qué estrategias apelaba para superar los mecanismos de exclusión y de encubrimiento? Por supuesto que yo no llegaba a contestar ninguna de estas preguntas, y creo que ni siquiera llegaba a formularlas de esta manera. Es posible también que el recuerdo que tengo de mi propia lectura de los textos de Peri Rossi en esos momentos se haya ido modificando con los años, ya que el tiempo va transformando nuestro modo de leer los mismos libros (Ludmer, 1985). Como no conservo ninguna copia de aquella ponencia, incluso puedo idealizarla y mejorar un poco mis reflexiones de aquel momento. Lo cierto es que mis inquietudes no llegaron a concretarse como yo quería. Me faltaron herramientas, me faltó tiempo de maduración, tal vez me sobró un poco de entusiasmo, casi podría decir que aquello fue un salto sin red, y al final todo quedó en un tanteo exploratorio, donde se generaban más preguntas que respuestas, más dudas que certezas. Cada vez que leo a Peri Rossi me siento como un navegante que busca tierra firme y solo encuentra arenas movedizas. Eso en aquel momento me ponía muy nerviosa. Por lo tanto, después de leer la ponencia en el congreso, empecé a revisarla, a corregirla, a reformularla,

tratando de encuadrarla en algún casillero estable, y en ese proceso, sin querer, la terminé disolviendo. Nunca la envié para que se publicara con las actas del congreso y al final, en el correr de estos veinte años, algún día la perdí. A veces me pregunto si no estaban funcionando, dentro de mí misma, solapadamente, aquellos mismos mecanismos de exclusión y silenciamiento que yo estaba tratando de descifrar.

Esta convocatoria me permitió recuperar aquella experiencia y reflexionar sobre ella. Me fue difícil y me llevó mucho tiempo volver a leer a Peri Rossi y lo cierto es que nunca volví a escribir sobre su obra. Ahora, de una forma distanciada, con la perspectiva que nos da el tiempo, puedo tender un puente entre mis lecturas de aquellos años y textos que escribí después, aunque no pueda precisar una línea de influencia directa. La escritura de Peri Rossi seduce, impregna y se adhiere, dejando impresiones, intuiciones puntuales o generales, que parecen haber quedado flotando, como fantasmas, en algunos de mis cuentos.

La voz que emergía en *Evohé*, en los años setenta, parecía una voz solitaria en aquellos días, aunque hoy podamos percibir que formaba parte de un movimiento de largo alcance. El amor entre mujeres no tenía un lugar en la agenda cultural ni política.

Pero desde sus primeros libros hasta hoy, nuestra recepción como lectores se ha enriquecido. Desde una perspectiva diacrónica podemos ver cómo esa voz individual se fue insertando en el relato colectivo, ya que el desplazamiento histórico de los proyectos culturales puede trasladar a escritores de la periferia a lugares más cercanos al centro y viceversa. En las últimas décadas vimos consolidarse un proceso a través del cual las mujeres hemos ido avanzando, al menos así parece, en la búsqueda de una voz propia y también en el armado y manejo de nuestras agendas. Pasamos de ser deseadas a desear, de ser habladas a hablar. De ser objetos de discursos ajenos a sujetos. Aunque la tensión entre ser objeto o sujeto del deseo persiste, generando un equilibrio siempre inestable y precario. Los personajes de Peri Rossi se desplazan entre estos polos, burlando las dicotomías heredadas, intercambiando roles y atravesando fronteras.

Leí y releí *Evohé* (1971), *Babel bárbara* (1990) y *Otra vez Eros* (1994). No me animo a trazar una línea directa entre estas lecturas y textos que yo misma escribí posteriormente, ni a entrar demasiado en el delicado y debatido tema de las influencias y sus angustias. Pero hay ciertos párrafos eróticos en algunos de mis cuentos que me conectan con aquellas lecturas de Peri Rossi.

Sobre todo en lo que atañe a una sexualidad que elude el falocentrismo para deambular por zonas del cuerpo tradicionalmente periféricas. Un erotismo más descentrado, rizomático se podría decir?

... Se abrazó al hombre, que también temblaba. Él la rechazó con suavidad, pero ella lo aferró por la nuca y besó sus labios fríos hasta que se fueron entibiando. Lo arrastró al dormitorio, lo tendió sobre la cama y comenzó a acariciarlo. Con renuencia, él la dejó hacer.

Este párrafo y los que cito a continuación pertenecen al cuento «La secta» (Fumagalli, 2006). «... lo fue desvistiendo lentamente, despertando su cuerpo de un viejo letargo, derribando las frágiles resistencias que iban convirtiéndose en avidez. En unas pocas horas avasalló lustros de abstinencia, siglos de soledad» (p. 53). Estos fragmentos forman parte de una búsqueda, casi podría decir un proyecto, al que yo adhería en esos años. Reescribir el amor heterosexual desde otros lugares, jugando con el desplazamiento de los roles habituales en cuanto a la iniciativa y las dinámicas de dominación.

Lo exploró a su placer, le arrancó gemidos casi inaudibles, lo forzó a suplicar con voz entrecortada. Lo hizo agonizar y renacer una y otra vez. Bebió de él, respiró su aliento y devoró sus estertores. Succionó su esperma y su voluntad, lo exprimió hasta consumirlo y saciada al fin lo dejó caer exhausto... (p. 54).

En otro fragmento, la mujer que juega con el cuerpo de un hombre dormido (p. 69) representa un acercamiento al mismo tema, con un sesgo diferente.

Explorar la dispersión de los centros de placer es otro de los vectores que me conectan con Peri Rossi, como estas líneas de «Encuentros», cuento perteneciente al libro anteriormente citado:

Mientras los leños se consumen y las voces se transforman en quejidos, la saliva y el semen brotan para fundirse en un solo flujo viscoso, espeso, que se desliza por las gargantas o se refugia, goteando, en las grietas más profundas... p. 73).

Pero mis deudas con esta escritora no se limitan al terreno del discurso erótico. En otro orden de cosas, Claudia Pérez (2018), leyendo a Peri Rossi, habla de un desplazamiento constante, de la fluidez del yo, de voces que van creando una ilusión de identidad, en un «juego de inestabilidades identitarias» (Pérez, 2014: 16). Esta percepción de Claudia me conectó con un cuento breve que escribí hace un tiempo y que se titula «Llovía» (2009), donde el yo que habla se multiplica y se dispersa para interactuar y comunicarse con otros personajes y también para

jugar con los recuerdos. La memoria de un mismo suceso se va modificando, apenas, cada vez que la narradora alude a él. «Aquella mañana de agosto...» acontecida muchos años atrás, se va repitiendo, se reproduce, se superpone a otras mañanas parecidas, nunca en forma idéntica. Todo se reescribe incesantemente como en un palimpsesto.

En otro de mis cuentos, «Espejos y espejismos» (2009), los personajes y también las narradoras se van desdoblado y multiplicando en una dinámica interminable. «Cuando Laura conoció a Laura, todo comenzó a cobrar sentido» (p. 13), «Aunque a nosotras, las narradoras, nos cueste admitirlo, es muy común que...» (p. 15), «Sin embargo, hay entre las narradoras una minoría que cree, o creemos, que este texto sería más divertido si...» (p. 15), «Un encuentro entre Laura y X en el plano de la realidad [...] tendría derivaciones insospechadas sobre las que las narradoras no logramos ponernos de acuerdo. Lo más sensato sería entonces, que cada una de nosotras escribiera su propia versión del asunto» (p. 16). En este último cuento reconocí expresamente la influencia de Alejandra Pizarnik, particularmente de «Textos de Sombra» (2007), y así lo aclaré en el epígrafe. Pero es indudable que también la sombra de Peri Rossi está ahí, formando parte de esa red de escritoras (Pérez, 2017) que he ido leyendo a lo largo de los años y que se van interconectando y dialogando unas con otras. Amplio y en alguna medida incierto espacio de sororidad que se refleja en citas, alusiones y epígrafes, que se puede rastrear en diarios íntimos y epístolas tanto como en la obra publicada (Acosta, 2017). Una red entretejida por lazos a veces tenues, a veces indirectos.

En otro de mis relatos, titulado «En las orillas del viento» (2009), cuando el yo escritural se mira al espejo ve también a sus hermanas y a sus primas, como borroneando o desdibujando los límites de su propia imagen, confundiendo con ella misma. «Me gustaba usar la ropa de mis hermanas. Una pulsera, un pañuelo, un par de zapatos. Estas transferencias no siempre funcionaban bien. El mismo vestido sobre mi cuerpo nunca era el mismo. En ese leve desajuste estaba yo. Mi imagen precariamente superpuesta a la de ellas, sin que los bordes coincidieran» (p. 25). Esta sensación se reproduce en su relación con los hombres: «Él no sabía que había salido con tantas mujeres a la vez» (p. 25). Con el paso del tiempo, la dispersión de aquella red femenina juvenil termina por dejarla «sola frente al espejo» (p. 25), con un fuerte sentimiento de pérdida. Los intercambios de ropa y adornos entre las amigas también reflejan, creo, ese juego entre identidades. Espacios de sororidad que pueden rastrearse hasta *Memorias de Mamá Blanca* de Teresa de la Parra.

La resistencia de los personajes de Peri Rossi a ser encasillados es otra constante que siempre me interpeló. En un cuento fantástico que publiqué hace un tiempo, titulado «La imagen de piedra» (2006), escribí sobre una mujer a quien la adoración de un hombre convierte en una estatua de mármol. Miedo a la cristalización, a la petrificación, a la inmovilidad, vinculado al miedo a quedar atrapada en la mirada de otro, en el discurso de otro, a ser hablada por otros. Esta renuencia a ser clasificada, o catalogada como en una exposición, me recuerda poemas de Marosa Di Giorgio, donde el yo lírico observa con tristeza cómo se exponen las mariposas en un cuadro después de ser atravesadas con un alfiler. Es esta una actitud que en ocasiones trasciende los límites de género, y que comparto con algunos de mis personajes masculinos, como los mellizos del cuento homónimo, con su fobia a formar parte de algún promedio o de alguna estadística.

Creo que es este rechazo a la cristalización lo que me ha llevado últimamente a publicar textos en un blog, para eludir la fijación que implica la letra impresa en un papel.

Volviendo a aquella ponencia perdida, pienso en tantos textos y voces que terminan siendo suprimidos. *Todo lo que no te pude decir* (2018), título de uno de los últimos libros de Peri Rossi. Lo que no dijimos, lo que dijimos y nadie escuchó, lo que deberíamos o no deberíamos haber dicho, lo que no pudimos o no nos atrevimos a decir.

La dificultad para decir algo, el trayecto que media entre la censura y la autocensura, es un material que utilizo cuando escribo. Espacios en blanco, puntos suspensivos, discursos entrecortados, frases sueltas que no se sabe a quién pertenecen y eso tampoco importa, fragmentos de historias que no tienen comienzo ni final. Muchos de mis personajes ni siquiera tienen nombre, o son identificados por una letra, como el recordado Equis de *La nave de los locos*. Utilizar las palabras para decir o no decir. El eco de Sor Juana Inés de la Cruz leída por Josefina Ludmer en «Tretas del débil» (1985). El silencio como espacio de resistencia.

En los libros de Peri Rossi se puede encontrar mucho material para reflexionar sobre estos y otros temas. Además del impulso lúdico que señala la crítica, su placer en jugar, explorar y entreverar las barajas.

## BIBLIOGRAFÍA

Acosta, Inés (2017). «Comentarios de Inés Acosta». *Derivas sobre teoría*. Montevideo: Universidad de la República.

- Fumagalli, Laura (2006). *Una casa en la calle de los álamos*. Montevideo: Ediciones de Hermes Criollo.
- Fumagalli, Laura (2009). *Otra es la voz*. Montevideo: Rebeca Linke Editoras.
- Fumagalli, Laura. «Los mellizos». *Relaciones* n.º 332-3, enero-febrero 2012, p. 23, Montevideo.
- Ludmer, Josefina (1985). «Tretas del débil». *La sartén por el mango*. Puerto Rico.
- Pérez, Claudia (2014). «Allá en Barcelona». Entrevista a Cristina Peri Rossi en *Sic*. Revista arbitrada de la Asociación de Profesores de Literatura del Uruguay. Año IV, n.º 8, abril 2014.
- Pérez, Claudia (2017). «Tres modos para una cuestión: geometría, duelo e imperativo». *Derivas sobre Teoría*. Montevideo: Universidad de la República.
- Pérez, Claudia (2018). *Microlecturas de literatura lesbiana desde el Río de la Plata*. Montevideo: Universidad de la República.
- Pizarnik, Alejandra (2007). *Poesía completa*. Buenos Aires: Lumen.